

LOS MISTERIOS DEL PETROLEO.

ciones «salvajes» (incontroladas y a precios baratos), y las grandes compañías procuraban por todos los medios introducir petróleo bruto extranjero. La balanza energética norteamericana se hallaba así de nuevo amenazada. Lo que dará lugar a que en 1957 se estudie ya una nueva estrategia para la protección del mercado interior, que consistiría en el establecimiento de unos contingentes anuales de importación fijados por el Gobierno. Mediante tal mecanismo se pretendía aislar los precios internos de las fluctuaciones de los precios internacionales.

Será en el contexto del mercado mundial generado por esa nueva política norteamericana cuando —al dejarse la formación del precio internacional al libre juego de la oferta inmensa existente— se producirían las dos bajas de 1959 y 1960, la segunda de las cuales, según hemos sentado más arriba, provocaría la reacción de los países productores y el nacimiento de la OPEP.

La nueva estrategia cumpliría su función durante otra década aproximadamente (1958-1968). Para finales de los años sesenta, las nuevas condiciones pondrían de manifiesto su insuficiencia. Por una parte, la inflación, y, por otra, la escasez de nuevos yacimientos, habían privado a los precios interiores de su carácter estimulante en orden a nuevas exploraciones e investigaciones energéticas. A esos factores, cuya resultante era un estancamiento en la producción petrolera nacional, se añadía la creciente demanda interna, que hacía inservibles, por demasiado rígida, las cuotas de importación.

A Nixon le tocaría pechar con el nuevo reajuste de la estrategia energética. A tal fin nombraría, consecutivamente, dos comisiones de estudios, la segunda de las cuales, cuyas directrices serían las dominantes, elaboró un informe cuyo eje obsesivo era el siguiente: ningún reajuste en la política energética norteamericana sería eficaz, en orden a los fines hegemónicos perseguidos, en tanto el petróleo de Oriente Medio siguiese siendo tan barato. «El único medio de encontrar una solución duradera a la crisis energética sería permitir, si no provocar, el aumento del precio del petróleo de Oriente Medio» («Revue Française de Science Politique», diciembre de 1972).

Si tenemos en cuenta que esa

estrategia americana estaba ya en vigor en 1970 y lo ligamos al hecho de que precisamente en los tres primeros meses de 1971, en las Conferencias de Teherán y Trípoli, las grandes compañías petroleras no oponen resistencia a la subida de precios programada por los países productores, llegaremos a la conclusión de que esa triple convergencia de intereses respondía, en última instancia, a la estrategia de la potencia capitalista hegemónica, que se erige en la clave de la crisis de 1973.

De la misma manera se hacía muy visible a partir de 1971 que esa triple conjunción de intereses apuntaba su artillería pesada hacia un blanco muy definido: las economías de los países consumidores de Europa Occidental y el Japón, cuyas estructuras productivas estaban prisioneras de unas importaciones de petróleo que se elevaban al 80 por 100 de sus necesidades. Un observador lúcido como Taki Rifai anunciará en 1972 lo que sería la crisis de 1973: «Ante el nacimiento de una comunidad de intereses entre los Estados Unidos, los países productores y las compañías, en orden al alza de precios, los países consumidores —Europa y Japón— se encontrarían prácticamente desarmados, a causa de su dependencia casi total» («Revue Française de Science Politique», diciembre de 1972).

A la luz de los parámetros que acabamos de analizar, la crisis de 1973 se nos ofrece bajo la siguiente perspectiva sarcástica: tras la guerra árabe-israelí, los países productores, bajo el liderazgo de la Arabia Saudita, uncida, en los términos que ya explicitamos, a la miniestrategia de Sadat, deciden las mayores alzas de precios conocidas en la historia del petróleo, ¡con el objetivo de presionar sobre los Estados Unidos, para que éstos presionen sobre Israel, para que Israel devuelva los territorios usurpados al pueblo árabe!

¡Conmovedora farsa!: los países productores de petróleo, al mando de la Arabia Saudita, criatura de Norteamérica (1), presionan a ésta implacablemente para que logre sus objetivos estratégicos.

■ JOSE ACOSTA SANCHEZ.

(1) El reino de Arabia Saudita surge en 1926, consolidándose sólo como tal gracias a la ayuda financiera de la Standard Oil de California, que consigue a cambio una concesión de terrenos en la península de Arabia que se elevaba a 900.000 kilómetros cuadrados.

La Capilla Sixtina

LA INGRAVIDEZ MENTAL

Retorno de Serrat al seno de TVE. Tanta expectación había por esta reconciliación que hasta Encarna, antiteleviviva por principios y anticación de consumo por lo mismo, se me plantó en casa como quien dice con la silla a cuestas y la situó ante el televisor una hora antes que Serrat apareciera.

—Pero, Encarna, si no te gusta la televisión y no te gusta Serrat.

—Es un hecho político.

Y no decía más. Encarna parecía concentrada, con la mirada anclada en la pantalla, con los siete u ocho sentidos que la naturaleza le ha dado ocupados en captar el instante mismo en que la cámara encuadrara a Joan Manuel Serrat. Ha aguantado todo el programa pestañeando lo mínimo. En cuanto ha acabado se ha relajado, liberado de su propia dedicación, con un ¡uf! que quería, más o menos, decir: misión cumplida.

—Pero, ¿por qué te lo has tomado tan a pecho?

—Cosas mías.

—Y mías, porque has utilizado mi aparato de televisión y mi piso para correrme una juerga mental.

—Don Sixto, me he tomado este programa como un ensayo. Quería comprobar mis propias emociones ante los tiempos que se avecinan.

—No entiendo nada.

—Hoy es Serrat, pero no le quepa la menor duda de que asistimos al comienzo de una escalada. Ya verá usted cómo antes que acabe el año don Salvador de Madariaga aparece en Todo es posible en domingo, y no acabará ahí todo. ¿Se imagina usted el día en que retransmitan en directo desde Carabanchel una conferencia de Moreno Galván sobre Picasso o desde Alcalá una actuación de

Elisa Serna? Hay que estar preparados. Es preferible irse entrenando como los cosmonautas.

—¿Por qué como los cosmonautas?

—Porque vamos a vivir en plena ingravidez mental.

No tenía nada a mano para anotar la frase, pero me he quedado estupefacto: Ingravidez mental, he repetido varias veces, como sólo puede repetirlo un hombre desbordado por el sentido de las palabras. Encarna era consciente del efecto producido por su sibilina afirmación. Columpiaba una de sus privilegiadas piernas sobre la otra y daba vueltas con dos dedos a unos amuletos que últimamente lleva colgando sobre la pechera. Desafío y victoria en sus ojos, esos ojos que me estudian y van apreciando el progresivo proceso de mi desconcierto.

—Encarna. Ten piedad con un agonizante. Díme qué quiere decir eso de la ingravidez mental.

—Que es una técnica nueva, don Sixto. Que se lo digo yo. A mayor gravedad física, mayor ingravidez mental, o bien: todo cuerpo sometido a un progresivo grado de atracción gravitatoria necesita como compensación un progresivo proceso de ingravidez mental.

—Y tú, ¿cómo te defiendes? ¿Cómo te parapetas ante este asalto?

—Hoy he hecho la primera prueba. Mientras cantaba Serrat, iba repitiéndome: No es Serrat. No es Serrat. Es Manolo Escobar.

—¿Y qué?

—Lo he conseguido.

—Pero, ¿y el día en que aparezca don Salvador de Madariaga en Todo es posible en domingo?

—Para mí, como si saliera Giménez Caballero. ■

SIXTO CAMARA